

ZBD # 10

El rapto de Europa

The abduction of Europa

Paolo Puppa

Università degli studi di Venezia, Italia

puppa@unive.it

Artículo recibido el 27/02/2017, aceptado el 15/03/2017 y publicado el 15/07/2017



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

1

Entretanto, en primer lugar, yo, yo podía hacer lo que quería. Exactamente, lo que quería. ¿Era o no era el amo de todo? ¿Para qué sirve el poder, si no? Esto solo para hablar claro. ¿He hecho más que Bertoldo, decid? Ok. Ok. De acuerdo. Cierto. Pero repito, ¿para qué sirve el poder si luego no podemos, sí, si no podemos aprovecharlo cuando nos venga en gana? Y a mí de tanto en tanto me venía en gana y el asunto me crecía enorme como un árbol entre las piernas. De eso estoy seguro. No me equivoco. Entonces perdía la cabeza tanto que incluso me transformaba. Por lo demás, también os pasa a vosotros, que en cuanto se os pone en la mano una pistola, o una bomba, sí, justamente así, en cuanto entráis en suelo enemigo. Que luego enseguida después queréis entrar también donde yo me sé, en todos los agujeros posibles e imaginables, incluso en el lavabo, quizás. Y sobre todo los agujeros los agujeritos de esos de los que se habla en otra lengua. ¿Verdad que es así? ¿Cómo? Yo no soy bueno, obviamente. Y luego, para completar el concepto, esa no es una de las peores acciones que yo he cometido. He hecho incluso peores, si queremos. De todos modos, para entrar no en los agujeros o en los agujeros sino en el discurso, me acuerdo me acuerdo ciertamente que me acuerdo de esa remilgada, síiiii, me parece que aún la veo delante de mí, una jovencita con trenzas, pequeña como Heidi, pero con todo en su sitio. Mi preguntáis sobre ella y no me cuesta recordarla. Sí, sí, la vuelvo a ver incluso ahora, al menos así me lo parece, haciendo carantoñas, se echaba encima a las bestias, el pañuelo blanco en la cabeza, las mallas ajustadas y los calcetines cortos. Estaba agachada bajo la panza de las vacas y de repente me he puesto duro. Faenaba con sus ubres. Tenía incluso un par de amigas, más viejas, creo. Bromeaban y hablaban en voz baja. Una de ellas me ha visto, y sonrisitas aquí y risitas allá. Igual que hacen siempre. Incluso esto me ha, me ha puesto. Me las habría zumbado a las tres, allí, en el prado, incluso las habría atado al platanero verde que se veía más allá las briznas de hierba. Así las obligaba a ver cómo se hacía. Ellas aprendían cómo el dolor se convierte poco a poco en placer. Un placer tremendo. Basta un poco y puedes gozar tanto, niñaíta mía.

2

¿Cómo, perdona? Puede hablar más fuerte. Sabe, desde este lado no escucho nada. Me dio una vez, en el mar, un golpe de viento. Sí, un golpe de viento. Incluso se me quedó un poco la boca torcida. Un *frigus*, se llama, o algo así. ¿Cómo? Se no he entendido mal, ella me estaba provocando. Sí, querido, si me compara con esto llamémoslo más bien colega. Uno que habría querido sustituirme. Un tipo un poco extraño, ¿no? Pero sí, uno que se habría multiplicado en tres personas, todo por dejarme fuera, es decir, meterme en el ático. Lejos de los juegos. ¿Cómo? Pero, síii, cierto, también yo me transformaba con frecuencia en otras personas, e tal vez incluso en bestias, cuando me venía en gana. Porque yo no estaba nunca quieto. Y si tira, tira. La naturaleza reinaba incluso en uno como yo, que paragonaban siempre con un Dios. Me llamaban incluso Zeus. El otro, por el contrario, se ha hecho pasar por hijo de Dios, pero síii, poco hombre a decir verdad, y no es que el primero, que se fingía padre del segundo mientras eran la misma persona, se lo pasase mucho mejor. Sin mujeres para nada, el llamémoslo padre, que para ser sincero es una toda una movida esta historia. No aparecen mujeres, en su mundo. ¿O me equivoco? Incluso si el así llamado hijo frecuentaba a putas y a gente similar, pero solo como buen predicador. Una en particular le lavaba incluso los pies sucios y le perfumaba los cabellos. Pero de lo otro nada. ¿O era él el que le lavaba a ella los pies? Aquí creo que me lío. ¡Ah, esta memoria! De todos modos, el lavado servía solo para empezar su cháchara y para abrirse a visiones del cielo. Yo no, señores, yo siempre me he contentado con este mundo. Y luego no olvidéis

a mi mujer. Ella era tremenda. Oh, sí, tremenda. Una celosa histérica. Menudas escenas me ha hecho hacer, mi señora. Lógico pues que incluso por estas razones me viera obligado a travestirme. Y menos mal que estaba mi secretario, Mercurio si no me equivoco. Yo con los nombres me equivoco siempre. Secretario y, si hay que decirlo todo, incluso rufián. Pero, ¿no os parece, disculpadme, más normal seguir a una chica o incluso a un chico, tal vez?, ¿por qué no? ¿Cómo? ¿Ese marica? ¿Bromeáis? ¡Pero si hoy les hacen incluso casarse! En definitiva, normal digo, antes que ponerse a llamar al padre desde lo alto de una cruz sanguinolenta. Que luego sería él mismo. Todas las historias infelices y morbosas. De sexo no habla y no lo practica nunca mi colega, ni en la versión juvenil ni en la de más viejo. Aire, aire, queridos míos. Y prados verdes esmeralda y montes nublados y rayos y centellas y cascadas, como en un hermoso cuadro romántico. Que me ha regalado un pintor libanés. Uno de su zona. De esta joven, quiero decir. Era libanés, si no me equivoco.

3

La chica no estaba en el ajo al principio. No quería ni saber nada. Y es verdad que a un cierto punto se me ha subido incluso a la grupa. ¡Pero vamos! ¡Pero vamos! Le decía. ¡Perdona! Piensa, hermosa mía. Te subes a mi grupa. Me había quitado la camisa, y resoplaba como un toro, y aceptas venir conmigo al agua porque te gustaba tanto el mar y ahora no quieres que consumemos. ¿Era la primera vez? ¿Y qué? Siempre habrá una primera vez. Mejor hacerlo conmigo, que soy como un Dios. Lo dicen todos. Pero perdona, pequeña. Te subes encima de un desconocido y me cuentas que tienes muchos hermanos y que debo estar atento, que son todos tremendos. Yo me echo a reír. ¡Madre mía, qué miedito! Vamos... Y mientras tanto la llevo al lago. Tienes que agarrarte a mi cuello, pequeña, lo tengo claro. Pero déjame libres los brazos para guiar la lancha. Si queremos llegar hasta mi yate. Al oír la palabra yate he visto que algo se ha desencadenado en ella, algo positivo, seguro. Si no, peligras con caerte y las olas son altas y no estoy seguro de poder cogerte luego. Agárrate, agárrate, no me haces daño, y cierra bien los muslos en torno a mí. Me he puesto duro, de repente, obvio, tanto como hacía tiempo. Ella estaba vuelta, miraba hacia la orilla, hacia las amigas que se habían quedado de piedra, de envidia, claro, con apariencia preocupada. Levantaban los brazos, me incitaban a volver de vuelta. ¡Demasiado tarde, amigas mías! Buscaba un lugar, una islita, qué sé yo. No lo tengo claro ahora, sin embargo, han pasado ya tantos años, si nadé, yo, que era un gran nadador y tenía una resistencia, menuda resistencia, o si estaba simplemente desde el principio en mi lancha, un fueraborda con un hermoso color nuez, lustrado por mis siervos. A dentro no se podía bajar, desde luego, y fuera no. No, que luego pasaban otras barcas y nos veían. Sé que me alejé tanto de la orilla que no se veía nada. En definitiva, una vez en el yate, y llevada al camarote más lujoso, con colchones blancos y azules que aparecían por cada lado de la estancia, es entonces cuando comenzó a gritar como una posesa. Nada que hacer. No quería bajar. Muchacha, ¿qué te crees? ¡Oh! ¿Querías la bicicleta? No había nada que hacer, que a mí no me apetecía para nada forzarla. No tenía gracia. Me gusta la lentitud, y que ellas también lleguen. Abrirles los ojos a la vida. Y sentir ese mágico “más, más” que a mí me hace, más bien que me hacía, volverme loco. Quieres que te cuente sucia idiota de los muchas y muchos que luego me han dado las gracias. No sabes lo que te pierdes, hijita mía. Se está haciendo tarde, le dije. Vale. Volvamos, pero usemos mejor mi helicóptero personal que tengo en la proa. Hagámoslo primero, así. Y ella subió, sollozando, a bordo, y miraba desde la ventanita, y se alejaba de mí para despreciarme. ¡La cintura, la cintura, pequeña! ¡Cógete a la cintura, si no, es peligroso! Pobre idiota. Tenía que explicárselo todo, todo. El hecho de que un hombre adulto, que resoplaba como un toro y con las orejas de punta, de sátiro, se redujese de ese modo. Tienes la luna en la cabeza, me decía

Juno cuando me quería fastidiar. Pero esas orejas le gustaban a la vieja. ¡Oh, sí! ¡Lo que más!

4

Por amor se olvida la dignidad, se dice, ¿no? Yo, cuando se me empinaba renunciaba gustoso a esa dignidad. No lo podía evitar. Me ponía a cuatro patas, tal vez. Cambiaba la voz. Y por lo demás, cuando se está de arriba a abajo, ¿hay algo de humano en nosotros? ¿No nos convertimos tal vez en bestias? ¿Y entonces? Es esta nuestra animalidad. Nuestra gozosa mortalidad. De todos modos, por volver a la joven, una chica más que otra cosa, tal vez fue así. Yo le propongo una hermosa vuelta en el yate. Y ella al final tiene el enorme abultamiento entre las piernas con el impermeable de la barca, oportuno en ese momento. Me costaba una barbaridad no tirarme encima. Tenía un ricito en la frente. Y mostraba mis tatuajes taurinos en el pecho descubierto. La pequeña fingía que no miraba, pero apenas podía esconder miradas de fuego, y yo entendía que tenía ganas de probarlo, de sentirme dentro. Le faltaba el aire, creo. Ya. ¿Cómo? Cierto, sé bien que luego la buscaron sus hermanos por mar y por tierra, incluso ese que luego abrió una escuela de inglés, Cadmo, me parece que se llamaba Cadmo. Una Berlitz a medio camino, entre su tierra de origen y Creta, adonde la llevé. A mitad de camino desde donde habíamos salido hasta donde estábamos nosotros, los primeros tiempos que viví con la joven embarazada. Se paró el pequeño hermano, que tenía que haberla cogido y llevado al padre, pero ya tocada y con la panza. Tal vez porque había puesto ante la villa a vigilantes armados y dispuestos a disparar. Grandes y gordos, como estatuas de bronce, con bombas de mano y sofisticadas armas. Y además perros labradores que mordían a quienes pasasen por las inmediaciones. Es cierto que el hermanito, este tal Cadmo, hizo camino, que construyó luego una gran hacienda en Tebas y que se daba muchos aires de grandeza. También porque se había casado con una chavalilla, me parece que se llamaba *Harmonía*, y a su matrimonio había invitado a medio mundo. Todos los jefazos de más acá y de más allá del mar, fuera pequeño, nuestro, o grande. Pero se comió la fortuna derrochándola. Acabó mal, en tierra. Se arrastraba como una serpiente buscando las monedas. Lo gracioso es que luego, años después, a nuestro hijo, o mejor, a uno de nuestro tres hijos, sí, *Minos*, su compañera, que se llamaba *Pasi no-sé-qué*, *Pasi Pasi*, los nombres, los malditos nombres que siempre se me escapan. En definitiva, esta *Pasi* nos puso un par de cuernos, y con una bestia que trabajaba en el puerto, y parecía ella sí un verdadero toro, un toro auténtico, una masa de músculos y tatuajes también en él, pero con unas amistades... Olvidémonos de esta guarra de mi nuera.

5

Se llamaba *Europa*, la pequeña. ¡Eu-ro-pa! Me han preguntado que de dónde viene el nombre. Para algunos significa bien irrigada, ¿y cómo debo decirlo?, yo la irrigué por necesidad, que por la mañana me levantaba a duras penas del lecho, de tantas veces como lo habíamos hecho. Para los demás, por el contrario, significaría amplia mirada, y también esto se podría aceptar, porque, lo repit,o me daba unas miradas que me comía con los ojos, la señorita. Ella y sus amigas, que también habrían disfrutado del servicio. Ey, vosotros, ¿qué os creéis?, ¿que la tengo de hierro, quizás? Y sin embargo, las mujeres no lo admitirían ni bajo tortura, pero cuando ellas tienen ganas, hay poco que hacer. Y yo la tenía demasiado gorda como para no satisfacerlas. ¿Cómo? ¡Es obvio que yo estaba bien casado! Mi mujer, de todos modos, era un poco más mayor que yo. Y se había vuelto basta como para ponérmela dura. Es más, incluso tenía unos pocos pelillos debajo de la nariz, cerca de una gorda peca. Les pasa a las mujeres antes de la menopausia. ¿Y qué pretendía? ¿Qué le fuese fiel después de tantos años? Pues sí, yo siempre he pensado que alguien fiel a la mujer es solo un marica disfrazado, un

mariposón inconsciente. Y sin embargo, aquella vez dirigí el yate hacia el oeste, hacia donde el sol iba cayendo por entre las aguas, porque de algún modo buscaba la oscuridad. Ella, en un momento determinado, se giró y ya no tenía la orilla a la vista y entonces le entró miedo y comenzó a temblar, tanto que a mí me la ponía aún más dura el verla asustada. Así soy yo. Pero entretanto le pedí al chef que nos preparara para la cena un risotto con azafrán. Le salía muy bien. Había estudiado en Módena con un tal Bottura. Marco. No, Massimo creo.

6

De cualquier modo, en el fondo, fue una especie de escapada, la nuestra, tal y como dicen en el sur. Igual que se hacía antes. Vi a un conocido mío, un tal Paris, con una con la que de hecho estaba casada, es decir, la mujer de un *boss* importante. Hubo unas tremendas matanzas después a causa de este incidente. Se le hace el servicio, ¿no? y luego los parientes de ella tienen que aceptar arreglar las cuentas, ya. El padre, Agénor, era uno con ínfulas de grandeza. Nunca he entendido por qué. En cualquier caso, era uno que había sido proveedor en el puerto. Un pequeño negocio el suyo, y el chantaje que se hacía pagar suponían unos buenos pellizcos a fin de mes. Y a pesar de ello, hacía como que estaba molesto. Algo de locos. Y obligaba a la hija a trabajar en el campo, a llevar a pastar a las vacas. Por lo demás, la madre, me parece, hacía de socorrista antes de casarse con aquel muerto de hambre, una tal Tetis. No, tal vez llevaba el extraño nombre de mi suegra, Telefasa. Digo suegra, aunque no sea correcto, porque mi verdadera esposa es Juno. Cuando la llevé, a la pequeña, a mi pequeña villa de Chipre con piscina y los muebles todos en blanco y azul, desde los parasoles hasta las toallas y las tumbonas, se levantó un fuerte viento. Veíamos las olas enfurecidas que se abatían contra la orilla de la casa. Pero nosotros estábamos en la cama, ya, y bien acomodados. Y yo se lo daba todo. Le ofrecí mi pecho para que lo besara, sobre todo la parte tatuada con forma de un toro blanco, y al final la chiquilla se soltó y empezó a lamer la figura con gusto, digamos que con mucho gusto. Y tenía las tetitas de punta, como pasa siempre que se dejan llevar. Un cura de por aquí con el que fue a confesarse una mañana que estaba deprimida, algo que después del parto es una cosa que se sabe que pasa, le insinuó que nuestra relación representaba el encuentro del alma con ese personaje de allí, ese tal Cristo. ¿Ya os he hablado de él, verdad? ¿Entendéis lo que pretendían estos gilipollas?

7

No era hermosa, no se puede decir que fuese hermosa. Pero la tenía larga como nadie. Desde los vestuarios, en la escuela, cuando nos la medíamos, para mí era todo un orgullo. Ver las caras de mis compañeros. “Eres como un Dios”, me gritó alguno de los más exaltados una vez en clase de gimnasia mientras saltaba con la pértiga y los diminutos calzoncillos les dejaban verla entera. O bien “¡Tú no eres humano!”. Podría haber hecho unas estupendas pelis porno como actor famoso, me aseguraba un sustituto de química enamorado de mí, creo. Era de esperar que por lo general nadie, ni hombre ni mujer, me rechazara. Y la muchachita, me parece, incluso se desmayó cuando ya no podía seguirme. Entonces la cargué a mis espaldas, y notaba su cabecita dándome golpes aquí y allá, con la respiración entrecortada. Entreveía incluso un brazo suyo pálido que me colgaba frente a los ojos. Tenía que parecerle tal vez una especie de demonio. El colmo. ¿Yo, un demonio? Verás, verás cómo cambias de idea, le susurraba mientras corría hacia la dársena en busca de la lancha. Pero tal vez me confundo con otra historia. ¿Tal vez una llamada Ío, una que a fuerza de cebarse con dulces se había puesto lozana como un ternero? O el chavalillo que servía la mesa, con la servilleta en el brazo, Gani no-sé-qué, pero sí, ese que me paragonaba con un águila. El hecho es que mi familia

siempre ha sido excéntrica, antes y después de mí. Por lo demás, los hijos que nacieron de los abrazos que nos dábamos esta chiquilla y yo, me refiero a Europa, espera, espera, Minos, Radamantis y Sarpedón, ¡oé!, he logrado recordarlos a todos, no sé cuántos casi fueron masacrados por enfrentarse a aquel gilipollas, ¿cómo narices se llamaba?, ah, sí, Mileto, hijo de Apolo, otro cabezotas como yo, y Aria, que al final eligió a Sarpedón, si no me equivoco. Y Minos luego, por su parte, en Creta trajo al mundo una sarta de discapacitados y atemorizadas hijas. Una en particular que sería de hecho mi nieta, de nombre Fedra, la montó de narices. Todo por imitar a aquella guarra de su madre, Pasi, Pasi, Pasi no-sé-qué, pero esto debo haberlo contado ya. Porque ya se me empieza a ir la cabeza. Por ejemplo, no me queda claro el recorrido que hice con la joven, si iba hacia el oeste o hacia el norte. Porque el agua era tanta, y tan profunda, ciertas olas, de eso al menos sí que estoy seguro. ¡Y qué espuma! Cuánta espuma, causada también por el motor de la embarcación. Pasífae, eso, ¡se llamaba Pasífae, la muy puta!

8

Una cosa sí que recuerdo bien. Me vino la obsesión de hacer una hermosa bandera, casi un homenaje, o un recuerdo para mí, en el sentido de que hacía poner una estrella por cada conquista, sí, tipo tatuaje, por cada victoria amorosa. Cuando mi asunto entre las filas, entre las líneas, bajo la ropa interior, tranquilo y satisfecho. Y las estrellas, no lo digo por decir, pero ¡eran tantas! Y tenía que figurar en el caso en cuestión incluso un toro, y los cuernos, esas figuras de mi pecho desnudo que tanto debían haberla turbado, a la pequeña. Y no sobre la piel, sino en el cielo azul. Y tenía que ondear bien alto, esta bandera. Tantas estrellas sobre un fondo, ¿un fondo? No recuerdo bien el color. Me gustaba, sin embargo, que se juntaran para recrear las constelaciones del toro, animal que me es muy simpático. ¿Quién sabe por qué? Pero tras nuestra primera noche en Creta, hice que vinieran tres gobernantes de mi casa para que me ayudaran a todo. Ya, ella no sabía hacer nada. Era más bien perezosa, digámoslo todo. Le gustaba sentarse y dejarme a mí debajo, en la cama. Chiquilla mía, ¿no te daba miedo al principio de todo? ¿No decías que nunca y luego nunca?, le preguntaba riendo ante de saltarle otra vez encima suyo. Ciertamente me divertí con la chiquilla. Debe haber sido una buena época esa. Y la vieja estaba lejos y no se metía. Así, no sabiendo, no le hacía daño, y no se ha vengado como hacía siempre con las otras y con los otros.

9

Perezosa sola al principio, la tal Europa, a decir verdad. Porque después de haber dado al mundo a tres chavalillos echó una mirada en torno suyo y decidió dedicarse a obras de caridad. Porque la chiquilla, mientras tanto, había crecido. Había cambiado. Quería ayudar a los que aparecían por la isla y venían de las tierras de Oriente o de África. “Tú has llegado a nuestras tierras para disfrutar de tus vacaciones de rico, has bajado al Líbano a cazar”. La mía fue una invasión y ahora ella a cambio intentaba resarcir a la gente. Cosas de loca. Ya no reconocía a la chiquilla que me lamía los tatuajes. ¿Dónde había acabado la mocosa que me tocaba jugando el pecho? ¿La que me adornaba los cabellos? No, nosotros tenemos que hacer algo por los exiliados, me repetía. ¡Acogida! ¡Acogida! Eran entonces sus órdenes. ¡Los cojones! Ya no la reconocía. El hecho es que incluso ella envejecía y las mujeres cuando envejecen se vuelven locas. Se interesaba incluso por las religiones de estos desarrapados, por sus cultos. No solo comida y pan ácimo. “Tú te pensabas que me habías vuelto adulta, mujer, llevándome a la cama”. Me explicaba con ironía que ella, por el contrario, se había vuelto adulta cuando descubrió la injusticia del mundo y la violencia del mar. Porque no dormía de noche pensando en todos los cadáveres que estaban en el fondo del Mediterráneo, un verdadero cementerio. Menos mal que había hecho que se casara con

Asterión, un colaborador mío que habían elegido alcalde de la isla, y luego gobernante, gracias a mí. Que se las apañase él. De tanto en tanto, es verdad, iba a tomar un café con ellos. Veía a los chicos crecer y a ella, convertida ya en una sufragista volcada en asociaciones benéficas. Me citaba cifras, estadísticas, contactos con Cáritas, Cruz Roja y diferentes centros de acogida. Era famosa su acogida. Hablaba un perfecto inglés, igual por lo demás a su hermano Cadmo, y a veces incluso sentía una pizca de nostalgia por mi jovencita. Soñaba en voz alta. Hablaba de un país desarrollado, de un país que debería unirse todo él, dejando a un lado la piel, la fe. Quería sobre todo paz. Ya. Yo la escuchaba aburrido, sabiendo que eran histerias de chiquilla, que era lo que en el fondo seguía siendo. Ya. Incluso porque en este mundo todo pasa e incluso yo notaba que envejecía. Ya. Y una tarde que había un gran viento y se veían las olas del mar alzarse amenazantes, me echó en cara el cinismo y el hecho de que yo solo pensara en el dinero y en el poder. Entonces le grité, mirando con rabia sus cabellos blancos y la papada que ella, sin embargo, habitaba en mi casa, y que todo lo que había dentro era mío, incluso el dinero con que daba de comer y de vestir a los desheredados, a sus africanos. Sí señora. Sí señora, y acuérdate de que tú llevabas las vacas a pastar. Baja un poco la voz. ¡Y la cresta! No me toques las narices. Me da entonces un vaso de agua, porque por los nervios casi me había ahogado por un golpe de tos. Ya. ¡Pobre Europa mía! Envejecía y se estaba volviendo mala. Ya.

Traducción de Juan Pérez Andrés